



Varios periódicos de provincias llegaron ayer a Madrid publican el siguiente telegrama oficial: Madrid, 23 de marzo. Algunos periódicos indican que el vapor que conduca a América a D. Carlos de Borbon...

desee sin límites, también contribuyó para el urgente despacho del asunto el director general de Obras públicas, Sr. Gallego Diaz, que acompañado del jefe del negociado Sr. Vilanova...

pues se ocupa de sus dolorosos deberes cristianos que son sus hermanos, víctimas del deber militar. En 1856 se hallaba en situación de reemplazo como desahogado a la situación política importante...

La Cámara de Comercio trabaja con verdadero celo, merced a la actividad e ilustración de su presidente D. José Sol Torrens. Es un hecho la instalación del círculo Mercantil...

Crefase que su proyecto no tendría mayoría en la comisión que se había de nombrar; pero los más persistentes no esperaban un resultado tan desastroso...

Se ha concedido la banda de damas nobles de María Luisa a la baronesa Blanco. Ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica el alcalde de Zaragoza, Sr. Ruiz Baranda.

Noticias del teatro Real. Para hoy, beneficio de la prima donna dramática señora Julia Kupfer, había desahogada ya en contaduría gran número de localidades.

El eminente tenor Gayarre acaba de confiar el encargo de una corona notabilísima, que ha de llamar mucho la atención, porque será ejecutada por la casa especialista en plantas, flores y coronas del Sr. Kuhn, Cruz, 42.

La Agencia Fabra nos trasmitió ayer los siguientes TELEGRAMAS: París, 25. Apertura de la Bolsa de hoy: 4 por 100 exterior español, 65-18.

La elección de Lluarca, que ha ganado, según dijimos oportunamente, el Sr. Viesca, ha sido, según nos dicen, muy reñida. Entre otras cosas, se denuncia el hecho de haberse incautado el juez de aquel punto de los documentos originales de la designación de interventores.

Un querido compañero nuestro nos escribe lo siguiente: Zaragoza, 23. Mucho podría añadir a lo ya expuesto en mis anteriores cartas respecto a los continuados obsequios y manifestaciones de cariño que recibí...

El bizarro y veterano general D. José de Reyna, primer conde de Oricain, falleció anteanoche, víctima de una rápida enfermedad. Su muerte ha sido muy sentida y deja un vacío inmenso...

Agotada en tan breve tiempo como la primera, la segunda edición del precioso libro La vida en Madrid en 1896, de nuestro amigo el conocido escritor Enrique Sepúlveda, se ha puesto ya a la venta la tercera y última.

El Dally-News publica hoy un despacho anunciando que continúan en Rusia las prisiones de oficiales del ejército, a consecuencia de la conspiración constitucional reciente descubierta.

Mal informados algunos periódicos de la mañana, dan la noticia de haber reinado la mejor armonía entre los empleados y matarifes del matadero de cerdos, durante el almuerzo verificado anteaayer.

ne porque se hallaba con el otra persona a quien yo no conocía. —Eso es precisamente lo que no quieren admitir; pues a esa hora Leonard no podía hablar más que como amigo, o conocía a sus amigos? En este caso, ¿por qué nuestro padre no os ha hecho comer con él? —Desde mi detención, M. Sidoine me he hecho muchas veces esta pregunta, sin poderla resolver.

—¿Y me lo habéis ocultado, señor notario?— observó Joaquín con un tono de suave reconvencción. —Acabo de sospecharlo, y no podía, por consiguiente, comunicárselo. —Esperemos que se justifique. —A quien voy a buscar me había anunciado su próxima visita a Leonard, conociéndole con bastante intimidad para presentarse en su casa a cualquier hora; debía preferir hallarle solo. Por su parte, el doctor, un poco emocionado por lo que ha podido decirle aquel de quien yo hablo, ha podido invitarle a cenar, y tenía motivos para no dejarle interrumpir su diálogo, ni aun por su propio hijo.

husando que en visita le diese distinto nombre. —Entrad, Sidoine. El notario obedeció. Compuesta solamente de dos piezas, la habitación donde penetró se hallaba modestamente amueblada y reciente. Ningun adorno decoraba sus paredes y su sencillez mobiliaria se componía de lo preciso para comer y dormir, mas un sillón donde el octogenario tranquilamente solía leer.

El asunto que ocupa hoy preferentemente la atención de la política, es la derrota sufrida ayer por el ministro de Hacienda, Sr. Dauphin, en las sesiones de la Cámara.

dios posibles olvidar, y de olvidar ellos mismos el golpe terrible que habían sufrido. Yo no puedo por tanto, señor, daros el indicio que me habéis pedido, hasta después de tener seguridad de que vuestro deseo de volver a ver hoy a Leonard Daumenil, es completamente extraño a este pasado doloroso.

—¡Caramba!—dijo el notario. —¿Qué tenéis? —Ma ocurre una idea en este momento, que feploro no me haya ocurrido antes. Y vivamente prosiguió Sidoine. —Que el descubrimiento del de la cena os serviría de mucho, ¿no es esto? —Vos me preguntáis por ella; pero esa persona probaría mi inocencia, porque el invitado por mi padre se vería obligado a declarar que había oído a este que me remitían los cien mil francos de la condesa, recomendándonos que los fuese a colocar en París al día siguiente.

—¡Venid, venid!—repuso Sidoine presa del más generoso deseo. —Si, id allá, amigos míos,—dijo Pericat, que se iba dejando llevar de las más dulces de las esperanzas. —Yo haré todo lo posible, no lo dudeis, Sabino,—replicó Sidoine.—Hasta luego. Joaquín y él se alejaron. La puerta de la celda de Pericat la habían cerrado los carceleros.

—Tengo que hablaros, señor.— —Durand—interrumpió el viejo, como re-

—¡Vos!—replicó Sidoine conmovido. —A vuestro honor, y discreción me confío, Sr. Sidoine,—replicó el anciano,—yo he sido muy culpable, pero he reparado mi falta durante quince años de ruidosos trabajos en el país del oro bajo un sol ardiente, sufriendo fatigas y privaciones, más desdichado quizás que un condenado a trabajos forzados, pero aceptando y eligiendo mi condena.

—¡Vos!—replicó Sidoine conmovido. —A vuestro honor, y discreción me confío, Sr. Sidoine,—replicó el anciano,—yo he sido muy culpable, pero he reparado mi falta durante quince años de ruidosos trabajos en el país del oro bajo un sol ardiente, sufriendo fatigas y privaciones, más desdichado quizás que un condenado a trabajos forzados, pero aceptando y eligiendo mi condena.



